Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

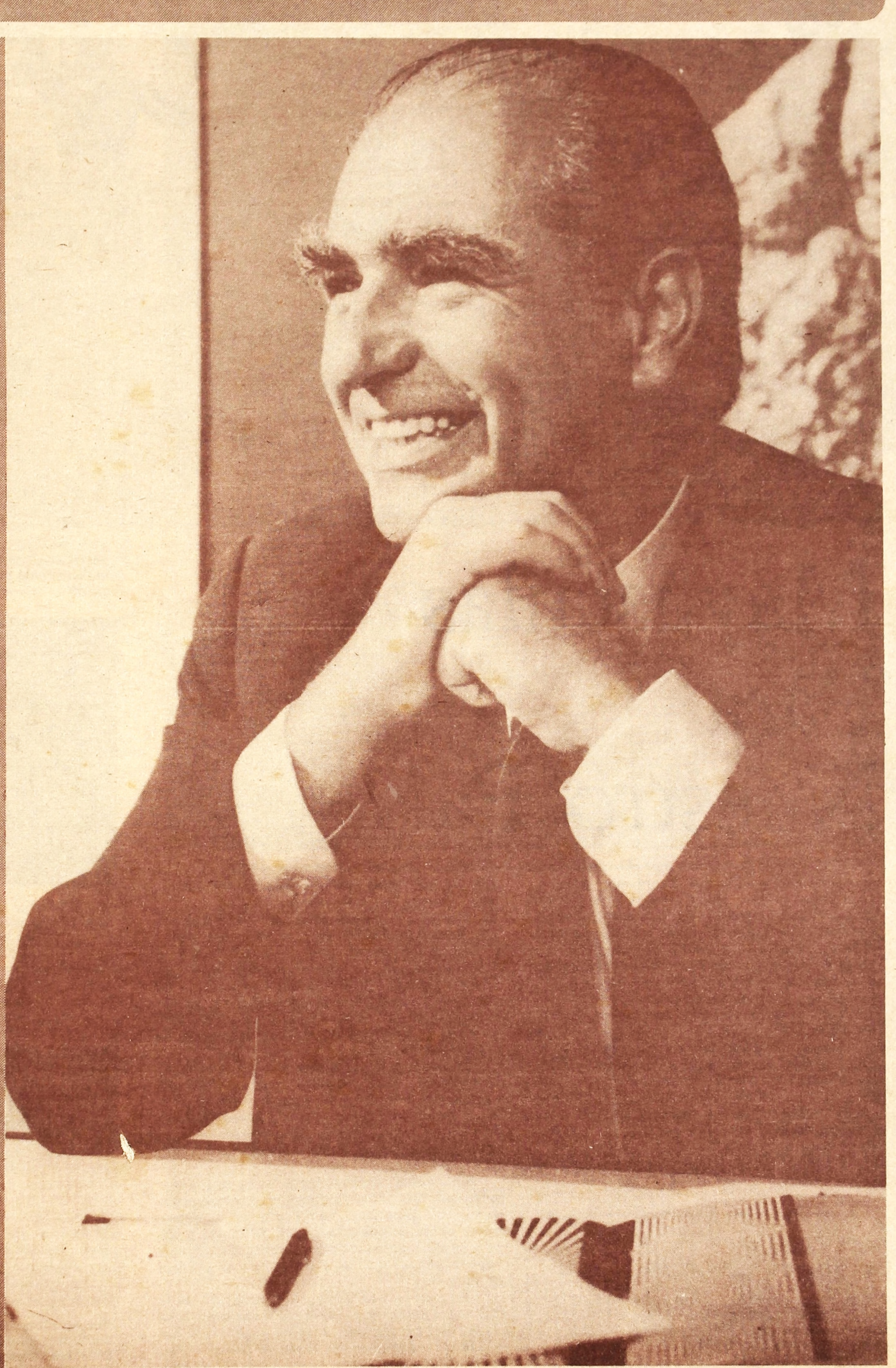
EL DIA

Año LIII - Nº 2677
Montevideo
24 de febrero de 1985

1º de marzo de 1985: Sanguinetti Presidente

El doctor Julio Mª Sanguinetti, elegido por el pueblo colorado y batllista para ejercer la Presidencia de la República, asume la honrosa y delicada responsabilidad de interpretar los anhelos de la ciudadanía, de paz y justicia social, con una obra de restauración de las instituciones democráticas inspirada en los principios de libertad y solidaridad humana, que se identifican con el sentir de la Nación

(Foto Testoni)



Ayuí, Entre Ríos R.A. Integrantes de una expedición del GERGU incorporan un maltrecho cartel que pretendía el sitio donde se instaló el campamento artiguista

Mayúsculas Para Nuestro País

Las añoranzas y los cariños nos llevan casi siempre a hablar de lo que recordamos de lejos, en el tiempo y en el espacio, usando el diminutivo. Lo que hemos perdido, lo que nos es difícil de recuperar; aquello que queremos y no alcanzamos, lo acariciamos a la distancia enterneciendo su nombre, disminuyendo sus dimensiones reales como para hacerlo más propio de cobijarlo con nuestras manos y poseerlo con amor.

Recuerdos de personas, de lugares, de situaciones se nos hacen pequeños en la dimensión óptica de la añoranza cuando los vemos confundidos, escondidos, atrapados en las moles de los continentes y los mares o cuando en el sitio donde estamos nos sentimos trasplantados inmediatamente, súbitamente alejados. La injusticia que conlleva un alejamiento forzado enternece aún más la escala afectiva.

Vulnerados de incertidumbre pero fortalecidos los corazones con anhelos, en los últimos años, muchos orientales dejaron el país.

Científicos, profesionales, ciudadanos, vates y trovadores, embajadores estos de la sensibilidad intrínseca del pueblo, dieron vida a la itinerante "Cátedra Uruguay" mostrando al mundo de lo que éramos capaces. Gracias a ellos se conoció en mucho al Uruguay fuera de fronteras. Conjugando cultura y dignidad, el país, su pueblo, fue recibido en el mundo con el respeto que la historia le había legado. Y lo afianzó.

Cruzando el Salto Chico, sobre el Río Uruguay en tierras del Ayuí, lugar de emplazamiento del Exodo del Pueblo Oriental, en un cartel hecho pedazos se puede aún leer: "Tierra, brazos y almas abiertas al Pueblo Oriental" seguido de la frase artiguista "Sin libertad, la tierra propia parece ajena".

Sin libertad, presa la patria, se le ve a la distancia aún con más consideración; ya no se sopesa su porte geográfico, ya no su grandeza espirituales ahora una paloma herida. Distancia y prisión, cariño y conmiseración, anhelos de retorno y libertad, se conjugan en el recuerdo y en el crisol de los versos.

Uruguay en esa particular concepción de la "distancia geográfica", sensible y afectiva, no se visualiza ni se identifica con los símbolos ni los emblemas nacionales. El ideal de patria, en su acepción grandilocuente, se sustituye por las imá-

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72



Salto Chico en época de bajante. Sitio por donde todo un esforzado pueblo cruzó el Río Uruguay



Margen derecha (costa uruguaya) del Río Uruguay frente al emplazamiento del pueblo artiguista de Purificación. Adviértase el "hervidero" del agua producido por el estrechamiento del cauce

genes más cálidas que el insomnio recrea: caras queridas, rincones de la ciudad, tal vez un trozo de paisaje...

El vate mira al cielo "que no es el cielo de mi tierra" y al arroyo que no juguetea con los "sarandises" ni besa la mataojos y clama, borroneada por la lágrima su pupila, por su "paisito".

Nace así un término que el verso trae, que viene de fuera y que quien ha permanecido recoge con el mismo cuidado, como cuando se pasa un pichón de mano a mano. Recibe el verso y lo canta; hace suya la cálida emoción del poeta y populariza su identidad ahora con la alegría del reencuentro, en casa, de los que regresan y lo hacen cantando.

Pero el término, chiquito y juguetón, desprendido del ecosistema lírico, sin música, sin rima, sin emoción y sin vigüela, aislado, ensayando aun sus primeros pasos, es fácilmente atrapado por el léxico corriente.

Pierde así su sentido poético y corre el riesgo de sustituir su calidez original por su acepción estricta, latu senso.

El "paisito" sin versos ni distancia, sin el mimo de la añoranza, lo hemos escuchado en entrevistas periodísticas, en forma repetida, aludiendo a un país que recomienza una nueva vida libre, de titubeantes pasos, precisado de cuidados extremos, para dar seguridad a su fortaleza futura.

URUGUAY: ACTITUD Y APTITUD DE GRAN PAIS

En la clasificación geográfica internacional nuestro país supera las características de "diminuto" y "pequeño" para situarse como "intermedio" antes que "grande" o "gigantesco". Se engloba en su posición al Reino Unido, Grecia, Checoeslovaquia, Cuba, Guatemala y Nicaragua entre otros, ya que su superficie territorial continental es de 176.215 km2, sin considerar sus aguas jurisdiccionales de 137.567 km2.

El hecho de observar por separado los mapas de los países europeos nos induce a pensar en su pequeñez comparado con los países vecinos. De escasos recursos extractivos, históricamente no fue codiciado por su riqueza sino por su posición geopolítica. Su carácter agropecuario, evolucionado tecnológicamente dio lugar a las agroindustrias.

Sus exportaciones tradicionales superadas como resultado del trabajo, la iniciativa y la imaginación creadora dieron lugar a una creciente neoindustria.

Su aptitud se apoya en su suelo de óptima irrigación; recurso que debe utilizarse extensiva y calificadamente para nutriente de bosques y pasturas, e intensiva y racionalmente para afincamiento de producciones, cuidando de su conservación física y estructural. Su potencialidad económica estriba en el uso integral de sus recursos, del turismo y de sus puertos, "multiplicando" al decir del Prof. Dr. Ignacio Martínez Rodríguez "las interrelaciones entre sus ciudadanos concentrando el esfuerzo de la población en pequeñas áreas, evitando la dispersión de sus energías".

Su educación y su cultura, apoyada en el espíritu crítico de los cultores de la metodología del pensamiento, Vaz Ferreira y Rodó han procreado ciencia y profesionalismo y sobre todo discernimiento libre y plena capacidad de autogobierno. Actitud que le ha merecido crédito moral en todos los foros internacionales.

Uruguay adquirió dimensión de país desde su independencia y ha crecido como tal, como pocos. Sus dimensiones demográficas no han estado a tono con las exigencias de una economía en desarrollo. Para la recuperación de este factor, hay otro que se le antepone: la confianza. Confianza de sabernos un país capaz. Capaz si la actitud colectiva es solidaria y al mismo tiempo reflexiva, capaz de sopesar nuestras pretensiones personales en el concierto de las necesidades colectivas.

Es hora ya que al "paisito" añorado lo mencionemos con las mayúsculas que se ha ganado con la lucha y con la espera cotidiana.

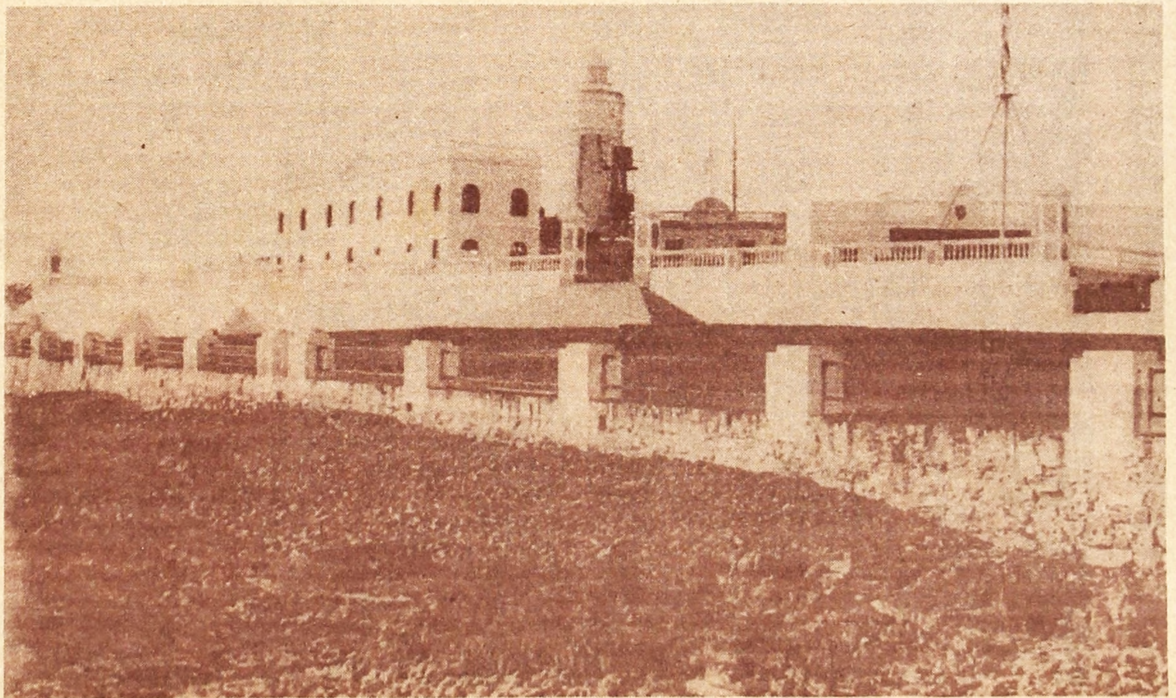
Ernesto DARAGNES

Especial para EL DIA (10)
Fotos del autor

Cauce rocoso del Arroyo Yerbal, afluente del Olimar, tantas veces cantado por los trovadores treintatresinos



Perfil orográfico de significado relieve. Sierra de Animas que luce su punto máximo de 501 ms. hasta hace poco punto de altitud mayor del país



Isla de Flores, alguna de las instalaciones existentes que se utilizaron como lugar de reclusión cuando la dictadura de Gabriel Terra



El último tizón

A orillas de esos montes, el ranchito parpadeaba débilmente. Parpadeaban la puerta hecha pedazos, y los rumbos del techo, y los mil agujeros de un quincho desflecado. Y ahí estaba, don Padilla: entre la vida y la muerte. La vida —aterida y difusa— se agachaba a un costado para animar los últimos palitos. Era un paisano chiquito y bombachudo. Acuclillado así, parecía un montón de trapos. La muerte era grandota. Un criollo rozagante y altivo.

Mirando desde adentro, todo se veía diferente: la noche se colaba por aquellos resquicios, apagando los brillos del hollín y la humazón del techo. Entraba por la puerta y vandeaba en todas partes, acumulando sus sombras retorcidas. ¡Fantasmal, esa tiniebla! Y las esquinas eran cuatro abismos. La cama y el candil —chiquitito y mortecino— estaban en el medio, entre los dos paisanos: el viejo bombachudo y el mozo fuerte y corpulento, que no se despegaba de la cabecera. Tenía los ojos vigilantes, ése. Como un bicho. Un bicho grande, "de uña".

Igual que otros vecinos, don Padilla vivía solo. Rondando por los noventa, se apuntalaba apenas en una débil rama de fajina —jubilación rural— y en esa viga grande que es la amistad del monte. Desparejo, el sustento...

Tuvo un fuerte golpe de tos. Otro golpe y dos más. Como una carcajada, parecía. El mozo lo miraba con creciente interés. Y el viejito soplaba los tizones. Sopló muy fuertemente, ahí. Revoloteaban chispas y ceniza. Resplandeció apenitas —tiritando— y comenzó a afirmarse una llama. A gatas, se afirmaba. Trepando sobre aquellos palitos.

Y entornaba los ojos, el mozo.

—¿No se cansa 'e soplar?

Viejón y tembleque, el otro se había incorporado y atusaba el enorme bigote desteñido. Andaba muy "cacunda", esta vida de Padilla.

—Por lo menos —dijo con sorna—, tiene que haber algún soplo.

Apuntó una sonrisa en esos ojos sin brillo y sin dolor —transparentes— que parecían siempre inmóviles.

Sonrió también, el otro.

—¡Sople nomás! Y yo apago.

Se había sentado al borde del catre, el viejo.

—Siempre hazañoso, usté —dijo muy lentamente. ¡Sepa que naides apaga nada! Soy yo, que me consumo... ¿entiende?

Y hubo un ominoso silencio.

Pequeña lechuza nocturna, el "tamborcito" repiqueteaba entre un retinto monte de espinillos. Contestó otro, muy lejos. Y empezaban las voces del bañado, detrás de un pajonal: grillos unánimes, ayes del ranerío, y —dominando a todos— el ruido de tractores que hace el "bicho-matraca". Un bicho muy misterioso, oculto entre las hojas y pegadito al envés de las más grandes.

Dormitaba, Padilla. Un sueño desvelado en donde desfilaban muchas cosas: sus días de gurí en "Las Dos Hermanas"; un horno de carbón; tiempos de aquel ayer —el novecientos—, cuando de vez en cuando cruzaban esos tigres de "El Potrero" y "El Anda", allá por Entre Ríos. Y todo lo demás: moza, duelo y prisión... Los años de puestero, el contrabando, y aquel naufragio frente a la Bonfilio, cuando acarreaban las tacuaras para empezar los ranchos de la costa.

El joven marcaba las palabras:

—Yo siempre me los llevo.

Pero el viejito no estaba para prosa. Tenía algunas esperanzas, y replicó con firmeza:

—Déjese de amolar, ¿quiere? Y no olvide que usté, sin mí, es menos que nada.

Lo hizo tragar saliva.

Toda vez que se topaban, volvía la discusión. Y alguna noche se fueron a las manos, también. Lo mismo, desde siempre: tirón va y tirón viene. Más tarde o más temprano, el mozo iba apagando esos fogones. Pero no era tan sencilla, esta topada, por uno que apagaba, el otro encendía cuatro.

Miró al viejo a los ojos.

—Usa la misma leña, siempre.

Y había un gesto de triunfo, es esos ojos.

—Por estos pagos, sí. La leña de espinillo es la mejor. De noche dejo algún tizón en la ceniza. Usté lo sabe bien. Después remuevo un poco y ahí está, el tizón: enterito y grande. ¡Es una brasa flor! Y da pa' emprincipiar al otro día.

A'ura le viá mostrar... Fijesé aque aquí tengo uno. ¿No lo vio? ¡Aquí mismo, lo tengo!

Y se volvió a agachar.

—¿Otro más?...

Quedó desalentado, el mozo.

Sin mover un dedo, Padilla abrió los ojos. Vio un farolito, el quincho, un basto, la cumbrera, cojinillos, la caldera de lata, un viejito inclinado en el fogón, y un hombre alto, allí mismo y de pie.

Conversaban, los dos.

—¡Brasa y pico!

Era un tizón incandescente y muy gordo.

Pero el otro iba tanteando el cinto. Y contestaba desafiante:

—¡Soplá! ¡Soplá, si te animás!

El viejo tanteó, también; y fue enrollando un poncho en torno de la zurda. Bien fuerte, apretando el escuálido antebrazo. Pero sólo era un poncho fino, de verano. Uno de esos listados. Celeste y blanco, el ponchito.

—Te va' guampiar el toro...

Se agrandaba, ese viejo. Porque la brasa estaba "que era un lujo". ¡Bruñida como pidiendo leña! Y el mozo retuvo su "quitapenas". Despacito, envainó. Cuando sintió aquel gavilán sobre el cinto, nuevamente se alzaban las llamas. Menudas pero firmes.

Suspiró hondo, antes de hablar.

—No es mucho, tu tizón —reflexionó con cierta pesadumbre—. Pero pa'vos alcanza. Por esta vez...

Iba aflojando el poncho, el otro. Y replicó en tono de altanería:

—Si yo me voy, dentrás.

Pero el grandote soltó una risa.

—¡Sembrás pa'mí! ¿Quién se lleva tu cosecha?

—¿Mi cosecha? ¿Nunca vas a aprender? ¡La siembra es mi cosecha! Y a mí —sabés muy bien— naides me va' llevar...

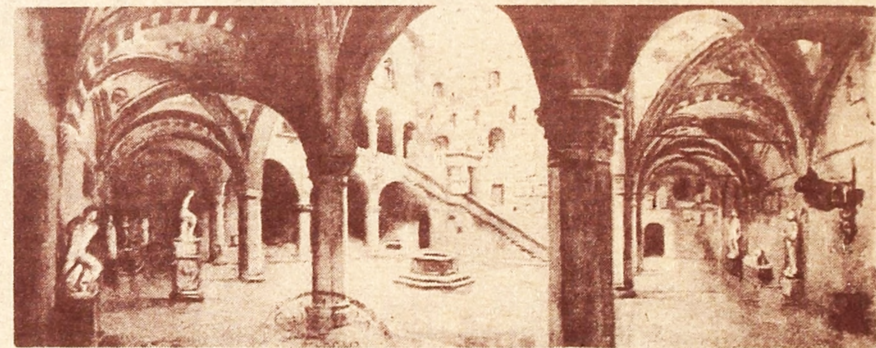
Quedaron en silencio.

Hubo un ronquido, hacia lo lejos. Quejido de ñandú. En esa ventanita parpadeaba la "guía" de la Cruz del Sur. Muy bailarina, estaba. Con el cielo toldado todavía —sin luces de amanecida y en un menguante flojo—, el monte era una sima. Como un abismo de oscuridad sin fin. Unicamente aquí, entre estas arboledas del hondo "monte negro" y en la humareda de todos los resquicios, resplandecía el ranchito de Padilla...

Alberto BOCAGE

(Ilustración de Eduardo Vernazza)

Panoramas y Viajes



Hay muchos modos de ver y de experimentar emociones cuando realizamos un viaje. Los panoramas se nos ofrecen de distinta manera, según las motivaciones que nos impulsan a considerarlos. Nuestra sensibilidad y nuestra cultura juegan siempre un papel preponderante. Veamos, si efectuamos un viaje con la finalidad de descansar de nuestras tediosas tareas cotidianas, vemos los mares y los cielos con tonos variables: o más azules, o más grises o rojos; recorremos calles y plazas, donde vemos edificios y gente que deambula lentamente, como nosotros, o que camina apresuradamente para llegar a un destino determinado en un quehacer monótono de todos los días. Salvo, si no nos encontramos en un país de los que podemos considerar como exóticos —las personas se asemejan a las que acostumbramos ver corrientemente. Las observamos y pensamos que deben tener problemas y preocupaciones semejantes a los nuestros. En este sentido de plena objetividad, todas las comarcas con sus paisajes y sus habitantes tienen indudable similitud. Pero, cuando si viajamos ponemos en juego una ansiedad de ver algo desconocido, con seguridad que lo que observamos produce en nuestro espíritu, reacciones distintas. Ya no nos parecen, ni las personas ni los lugares como réplicas de los que estamos acostumbrados a ver y sentimos un vivo deseo de adentrarnos en sus personalidades y circunstancias, para comprender si esas vidas son distintas a las nuestras. Nos interesamos por conocer sus costumbres, sus hábitos de vida y todas las peculiaridades que las animan en ese escenario, que entonces sí, vemos como ajeno al nuestro. Un ejemplo vivido por nosotros, fue el de un viaje a Japón. Lo habíamos pensado siempre como algo inimaginable, y cuando llegamos allí, en una primera impresión, quedamos algo defraudados, ya que vimos en Tokio a una gran ciudad moderna, con grandes avenidas y edificios, como habíamos observado en otros lugares, pero apenas pusimos una atención más detenida empezamos a apreciar las diferencias. Tuvimos ante nuestros ojos una gran pulcritud en los ambientes y en la gente; un gran orden y respeto, una delicadeza en los detalles del vivir: flores, adornos, cortesía y amabilidad en el marco de una cultura distinta. Entonces era otro panorama que no habíamos visto con anterioridad. Otra impresión significó conocer a Kamandú, a Nepal y a India. Allí se produce un gran contraste con lo que vimos en Japón, por el aspecto de miseria, de ruina, de degradación humana. Comprendemos que allí habitan seres como nosotros, pero los imaginamos tan distintos en sus maneras de vivir que en algunos casos podríamos decir mejor, de sobrevivir.

Y si visitamos las grandes ciudades modernas, como Nueva York o Hong Kong, quedamos impactados por otro espectáculo sorprendente. Allí está la grandiosidad de la obra del hombre. La profusión de rascacielos que ostentan, nos parecen gigantes que nos dominan, haciéndonos sentir pequeños o disminuidos. Se nos presenta todo un mundo artificial



que nos sobrecoge y en cierto modo nos ahoga. En el caso de Hong Kong, el panorama está suavizado por el contorno de naturaleza que rodea a tanta magnificencia. En una oportunidad, se nos interrogó acerca de cómo era esa gran ciudad del Oriente, y no se nos ocurrió otra explicación que la de decir que era algo así como la conjunción de Nueva York y de Río de Janeiro. En ella se combina el paisaje de la costa con la artificialidad de los grandes edificios.

Otra manera de ver, es cuando realizamos el viaje con el premeditado propósito de recrear civilizaciones, de las que tenemos conocimiento porque se han manifestado a través de la historia o de ambientaciones de nuestros antepasados, quienes prácticamente han trasladado costumbres y culturas para darnos una manera de vivir y determinar nuestra idiosincrasia. Aquí sí experimentamos las más grandes emociones. Aunque las calles, las plazas y la gente se nos parecen también iguales, las relacionamos, sin embargo, con algún acontecimiento histórico o con un rico anecdotario.

Así se nos presentan los bulevares de París, los Campos Elíseos con sus Arcos de Triunfo y con su Carroussel. O en Italia el recorrido que nos da la evocación de la tan lejana grandeza de Roma; o en Grecia la esplendorosa civilización, que nos ha tocado de manera tan penetrante. Pero, aun si sólo recorremos algún pequeño pueblo, que no ha sufrido variante a través de los años, llegamos a reconocer el lugar del nacimiento de nuestros padres o abuelos. Todo esto resulta emocional y el panorama tiene otro sabor que el que da la simple observación de calles y edificios.

Cuando la motivación del viaje está en la ansiedad de conocer las grandes obras maestras de la antigüedad, del Renacimiento o de la Edad Media, especialmente, el viaje se torna en algo diferente. Percibimos todo el aporte de aquellos geniales creadores que llegamos a imaginar como semidioses, ya sea un Miguel Angel, un Leonardo Da Vinci, un Goya, un Rafael, para no citar nada más que algunos, entre los más grandes artistas, que nos atrapan con sus obras maestras. Es curioso constatar nuestra evolución espiritual. Cuando se llega a España y nos dicen que en tal iglesia hay una obra de ese clasicismo majestuoso, vamos hacia el lugar con un empeño y una ansiedad aguijoneante y nos detenemos en una contemplación estática, que nos domina. Esa sensación se va haciendo menos intensa a medida que repetimos la experiencia, pero cuando llegamos, por ejemplo, a Florencia, que es donde la obra de arte es algo así como el lugar común, el panorama de todos los días y de todos los momentos, pasamos por un estado de espíritu muy especial, algo así como una embriaguez, llegándose a limitar nuestra capacidad de apreciación. Todo resulta demasiado y lo que es grandioso, se convierte en algo común. Se produce en nosotros un acostumbramiento.

En definitiva, los panoramas y los viajes son vividos, ya sea en forma objetiva o subjetiva. Cuando nos limitamos a observar lo que puede ser de todos los días, nos puede parecer igual a cualquier momento y en cualquier lugar, pero si realizamos un análisis intuitivo, si tratamos de ver más allá de lo que aparece a simple vista, ya sea en lo lejos o en lo profundo, las cosas cambian.

Tanto se ha discutido filosóficamente, con respecto al conocimiento de las cosas, dando primacía a la fuerza del mundo exterior o a la creación del espíritu, a tal punto en la concepción kantiana con la introducción de las famosas "categorías", por lo cual, todo lo que percibimos es en base a un elemento "a priori". Los panoramas y los viajes, nos estarían dando, en consecuencia, un aporte valioso para proyectarnos desde nuestro interior hacia el mundo exterior. No tendrían para todos los mismos resultados. Las primeras cosas que vemos en un viaje, pueden ser distintas a las que observa otra persona. Habría una motivación interior que lo determinaría. El Acrópolis de Atenas no sería lo mismo para un universitario o académico, que para un simple viajero, que no tuviera conocimientos de cultura clásica. La humilde aldea de un antepasado nuestro, no ofrecería la misma emoción e interés a un simple viajero, que pasara ocasionalmente por ella. La Costa Azul con sus cornisas y sus playas no tiene igual significado para un turista, que la recorre ansioso por admirarla, que la de un simple viajante de negocios para quien es el necesario recorrido de su tarea. Y, qué podemos decir del poeta o del artista creador, que se inspira en los panoramas y de las alternativas del viaje. En ellos la penetración es más intensa y puede llegar a lo sublime.



Emilio O. BONINO

(Especial para EL DIA)

Carné de viaje - XXIX

Barcelona, Por la Ventanilla de un Taxímetro

¡Qué vamos a hacerle! A falta de pan, buenas son tortas. A falta de piernas, buenas son ruedas. Desde un taxi, no puede verse en verdad Barcelona; pero puede soñarse.

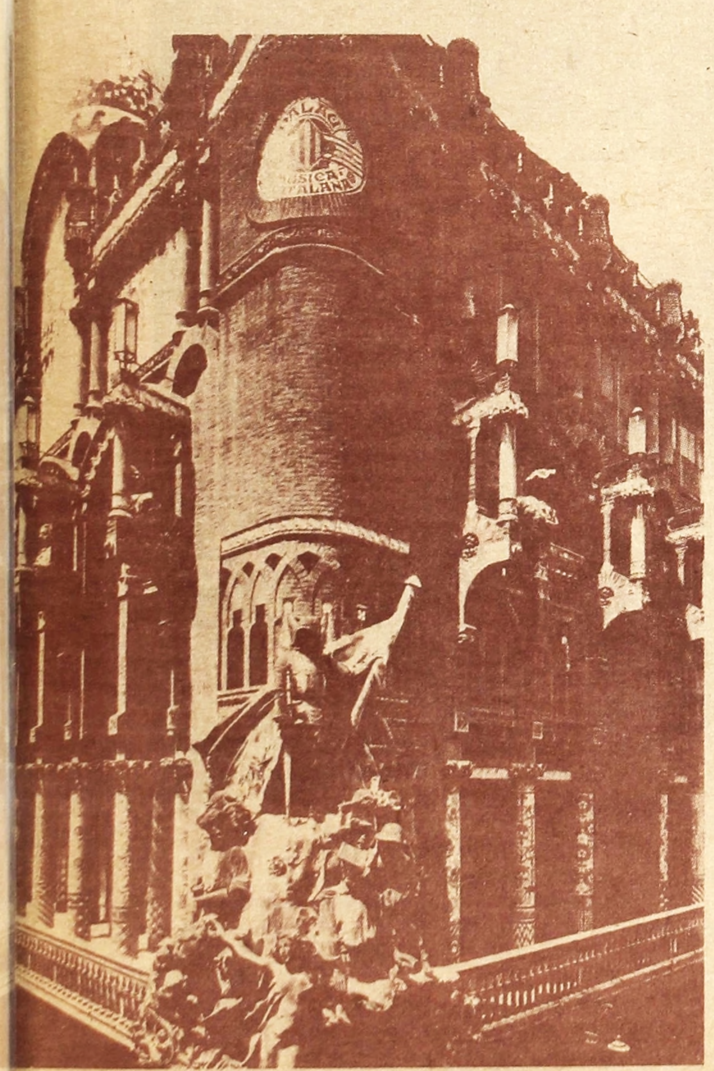
Tomo uno, acompañado por los dos peques del matrimonio, mientras éste trabaja. Médicos ambos, rinden culto incesante a Esculapio, porque la vida moderna no suelta. Nuestras charlas son nocturnas, luego de la cena, en su casita de Santa Coloma de Gramanet. El día se lo dedico a la ciudad donde Luis Companys, presidente de la Generalitat, muriera fusilado, descalzo por propia voluntad para sentir bien su querida tierra catalana.

Barcelona, o los jardines: los de Montjuich, con los juegos de agua y luz de la Exposición de 1929, los del parque de Güell, y los de la Ciudadela, sobre todo. Da gusto verlos, tan emperejilados, tan limpios, tan regulares o tan simétricos, según. Nos detenemos con parsimonia en una de las alamedas del de Montjuich, luego de salir de la prisión del taxi, que nos esperará allí mismito, donde el sol abrillanta el verdor espléndido de los árboles. La atmósfera está tibia y perfumada. Una orgía de verdes cabrillea en los parterres. Los arbustos recortados de algunas plazoletas forman cual islillas de ensueño, tienen el hechizo sedante y caricioso del campo de nudistas que se extendía entre el Parque del Oeste y la Bombilla madrileños en 1936, antes de la guerra. Parejas muy amarteladas van llegando, y se pierden en la espesura. Los chicos que me acompañan se guiñan de tanto en vez los ojos. De pronto, un restaurante que mira a la Barceloneta, erizada de jarcias y velas, tiznada de chimeneas, llena de chafarriñones. Los blancos manteles de sus mesas se doran con el sol de agosto como haces de mieses maduras. Estallan, plenos de azul de tarde purísima, los juegos de las fuentes, y nosotros —¡oh, chiquillos a los que la belleza domestica y enmudece!— avanzamos despaciosos por los sen-



Cascada del Parque de la Ciudadela

acio de la Música Catalana. Vista general de la sala de conciertos



aspecto de la fachada del Palacio de la Música Catalana

deros, bajamos sinuosas escalinatas, tornamos a subir, atravesando de extremo a extremo el parque. Filas de enormes palmeras enanas se engríen asomando por sobre las tazas de piedra esculpida que bordean los caminos y dan al paraje una lujuriosa suntuosidad oriental. Y brillan las prietas lanzas de algunos cipreses ahocinados en los recodos, en tanto los autillos que en ellos moran se asustan del paso de los pobrecitos mortales. Cuando llegamos a los linderos del luminoso parque, nos perdemos por las ondulaciones que los rodean, bajo las copas de sus hermosas arboledas en que acacias y castaños, y algún álamo blanco, se apretujan, brindando doseles y lechos por doquier.

De vuelta, en el taxi. Hay que ver, así sea a la ligera; no que detenerse. El tiempo apremia. En nuestra larga vuelta por Barcelona, admiramos el Laberinto, neoclásico y gracioso, en la barriada de Horta. He aquí la Catedral —"alma del barrio gótico - ha dicho alguien- viejas calles, piedras antiguas, que son todavía testimonio vivo de la lejana Barcelona medieval"— ¡Qué lastima tener que quedarse fuera y no poder contemplar sus capillas, sus altares, sus sepulcros, sus claustros!...

Recuerdo, mientras rodamos, otros templos barceloneses. La visión directa llama a la memoria de lo que no puede verse: San Pablo del Campo, el Palacio Episcopal, Santa María del Mar, Nuestra Señora del Pino, Santa Ana, Santos Justo y Pastor, San Pedro de les Puelles, la Canonjía, San Jaime... y la Sagrada Familia, del arquitecto Gaudí, primor de nuestro tiempo que rebosa audacia y originalidad.

El taxi nos muestra gente afiebrada por todos sitios, gente de gran ciudad cosmopolita que de nada se asombra ya, que todo cree saberlo, aunque en puridad de verdad sepa mucho, gente en ascuas.

Miramos apenas, a ratos de refilón, el Ayuntamiento en la calle de la Ciudad, de hermosísima fachada gótica, y, como en sueños, "vemos" el noble Salón de Ciento, también hechicero y medieval, o hechicero por medieval, el Palacio de la Diputación —pleno siglo XV con añadimientos del XVI— donde sabemos que están el Salón y la Capilla de San Jorge, el patio gótico y el de los Naranjos, formado éste por dos galerías de arcos ojivales sostenidos por columnas grecorromanas. Y pensamos en cosas que vimos antaño —¡ah, el fantasma de la guerra de nuevo!— La Lonja, la Casa del Arcediano, el castillo de Bellesguart, "que fue residencia de los monarcas de Aragón", el Palacio de la Virreina, en pleno corazón de la ciudad, la Casa de los Dalmases, en la calle de Moncada, y la iglesia de Nuestra Señora de Belén.

Mas, no añoremos. Ahí quedan el Palacio de la Música Catalana, la Universidad, el Teatro del Liceo, el Seminario, el Palacio de Justicia, el de los condes de Güell... He rogado al taxista que vaya despacio, y va todo lo despacio que puede; sólo que un taxi no puede dejar de ser taxi.

¡Iluso de mí! Los chicos empiezan a aburrirse. ¡También yo!... ¡Qué martirio!

—Silencio, muchachos, silencio. Cerrad la boca y abrid los ojos.

Les muestro esto, aquello, lo de más allá. Es inútil. Comprendo que no tengo derecho a exigir más a unos niños, doy por terminado el paseo, y el taxi enfila en dirección a Santa Coloma.

—¿Os habés divertido, hijos? —pregunta Agueda, la abuela.

—Sí, abuelita. Mucho. **(A coro).**

Me miran. Mienten como bellacos. Saben que lo sé, y sonríen. Buenazos que son.




Inglesia de San Pablo del Campo

Por la noche, ya en el dormitorio, leo una vieja Guía de Barcelona. Me detengo en un párrafo que despierta en mí antañonas sensaciones. ¡Ay, Sitges, Vich, Palma de Cervelló... Igualada!... El párrafo en cuestión reza: "Por su espíritu de expansión y su vitalidad, Barcelona supo crearse muy pronto una gran red de comunicaciones fáciles y rápidas, con lo cual se han hecho asequibles las bellezas de todos sus alrededores. Así, pueden ser admirados los paisajes cercanos del Tibidabo, Vallvidrera y Las Planas. Y puede ser conocida la intensa vida fabril y popular de Sans, de Hostafranchs, de San Martín de Provensals, de San Andrés de Palomar... En la zona marítima, al Sur, están la costa de Garraf y Sitges, y el Cau Ferrat, con el recuerdo del arte de Santiago Rusiñol. Al Norte, Caldetas, Arenys de Mar, y, ya en tierras de Gerona, la maravillosa Costa Brava. Son innumerables, y todas de gran interés, las excursiones que pueden hacerse partiendo de Barcelona: Badalona, San Jerónimo de la Murtra, La Cartuja de Monte Alegre, la Conrería, Pedralbes —con monasterio del XIV y el palacio moderno, que fue residencia real— San Cugat de Vallés, con monasterio romántico, Tarrasa, que, junto a su vida fabril, tiene sus recuerdos visigóticos y románicos, Vich, con su Catedral y su importantísimo Museo Episcopal, y, como síntesis de toda la emoción religiosa catalana, el monasterio de Monserrat, enclavado en un paisaje de impresionante grandeza". Mala, pero elocuente literatura.

¡Qué casualidad! Me dispongo a conciliar el sueño, cuando entra Montero.

—Mañana, tengo que ir a Igualada, a ver a un paciente. ¿Te animas?

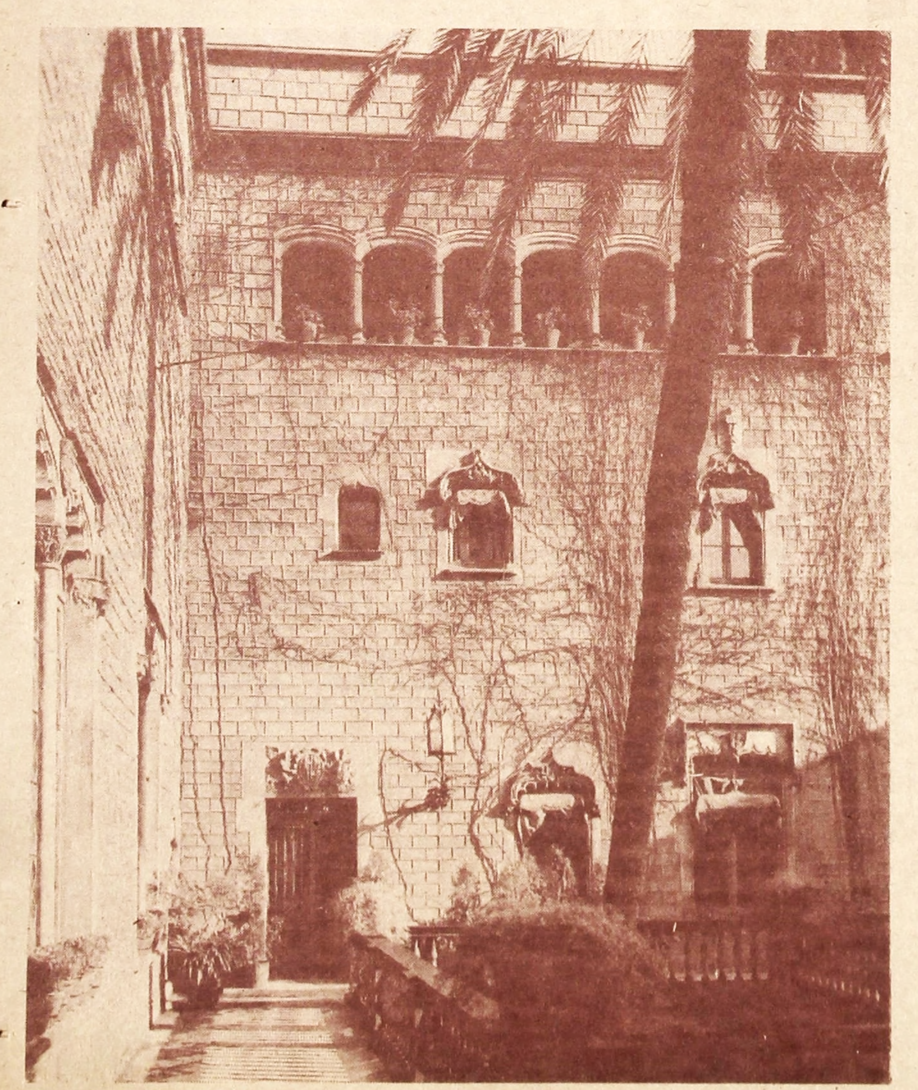
—¿Y lo preguntas?

En Igualada, nació mi hijo mayor. Igualada es, para mí, un nido de ensueños e ilusiones. Robaremos, pues, de los tres de que dispongo, un día a Barcelona.

Hilados, tejidos, fundiciones de hierro... Pero Igualada es algo más para mí que hilados, tejidos y fundiciones. Es... es... eso, el primer hijo.

F. CONTRERAS PAZO

Madrid, marzo-agosto de 1983


Patio de la Casa del Arcediano


La calle de Moncada

Modismos Españoles Folklorizados en el Uruguay



Remedando el "hace tiempo y allá lejos", campo afuera, un filólogo europeo que andaba a la caza de arcaísmos y lepidópteros del país, coincidía en afirmar que buena parte del léxico corriente en toda la América hispano-hablante, debía buscarse con el origen del aluvión inmigratorio. El Sur de España privó por estos andurriales y tan fuerte que, cuanto venga y se oiga de aquel meridión, nos resulta cosa propia, aunque de veras es materia legada. Sin retaceos, lo confirman a voces los diccionarios puestos sobre el tapete de confrontos, para el logro de las fuentes del prístino recurso oral. Y de todas maneras resultan sorpresivos, puesto que ni aun los cambios del medio y del tiempo alcanzan muchas veces para borrar o delegar vocablos y giros populares ya venidos de las alturas cultas o pautados en la jerga de patanes y destripaterrones. Daré así primero los castizos y a punto corrido, el que hoy prevalece, más o menos desvirtuado de causales y raíces por las novaciones folklorizadas.

A CAPA Y ESPADA. Es de casta y raíz española. Aquí se dice, "a poncho y facón", "a poncho y talero", "a pecho y coraje", "a mandobie y cuerpeo". Va siempre para gentes de armas llevar. Simbólicamente pudiera darse en justas de mucho bregar.

DEL LOBO UN PELO. Corre también "del chancho un pelo" o aquello de "sacarle un pelo al zorro". Es común su inicio de un extremo a otro de Europa. Existe lozano en España, como rige en las estepas rusas. Se refiere a la "generosidad" del avaro, del grosero, del tragaldabas, del tacaño. El pelo resulta el presente de retaceos y miserias.

PRESTAR EL ALMA AL DIABLO. Debió salir de los púlpitos coloniales, por boca y concepto de fraile orador. No hay duda de su naturalidad canónica. Da lo mismo "vender el alma al diablo" y aquí entramos en terrenos del eterno Fausto. Es leyenda del alto medievo, contantes en casi todas las tradiciones cristianas arraigadas en el Viejo Mundo. Salió del alma popular como una forma de repudio más contra el demonio y toda suerte de pecado. Lo aplica el paisano a sujetos de mala vida, ladero de leyes y costumbres honestas, al descarriado en contumacia.

DE SAN JUAN A SAN MIGUEL. Es medida de tiempo canónico. Vale por de marzo a abril, entre nosotros. Pero algunas variantes populares lo proyectan en distancia geográfica, al decir "entre San Juan y Mendoza", acepción argentina, equivalente a: tanto da, de una u otra cosa, más o menos, situaciones similares, sin diferencias.

ROBARSE EL SANTO Y LA LIMOSNA. Es dicho de sacristía. En las tierras del Plata, tiene numerosas variaciones, siendo una expresión logrera. Dice el gaucho, "alzarse con la prienda y el recado", "quedarse con la moza y con la estancia", "levantar el muerto y sus pilchas", "cargar la virgen y sus reales", "con dos enviones padre, madre y heredera". Tiene límites con lo del árbol caído y los bienes de difunto, pero siempre apaña doble sujeto y una sola intención.

PRENDERLE UNA VELA A DIOS Y AL DIABLO. Lo tilda el criollo por "pescado de dos aguas", "amigo del juez y el comisario", implica al prójimo capaz de los peores recursos para salirse con las suyas, en su tren acomodaticio. Al cabo es un recurso clásico de que echó manos hasta el propio Martín Fierro, tocando la injusta distribución de la justicia. Pudo lograrlo echando mano a recursos tan impensados como aquello de que, el juez da a uno con la picana y a otro con la cantramilla, un par de instrumentos usuales, pero distintos propios del boyero carretero. Un par de recursos dan una tónica magistral.

DE MUCHAS INFULAS. Popular en España, "con muchos humos, ratones, papelitos". En guachi-parla, "cogotudo", "alzavientos", "compadre", "darse corte", "usar vara de alcalde", "medir con vara larga", "darse pisto", "nariz fruncida" y hasta asqueroso, por hacerle ascos a todo.

CAMBIAR DE CASACA. En buen romance es cambiar ideas, costumbre y hasta de opinión, sea cual fuere su tesitura. Para el hijo del país, es un toblano, por el caballo de dos pelos. Rabanito en Uruguay, para el que fue blanco y pasó a otro bando tradicional. "Redondo", le dicen por las vueltas que ha pegado.

ANDAR A MONTE. Contrariamente de lo que pudiera pensarse es muy hispano, venido seguramente con la conquista. Reconoce aun, una forma más antigua: "Andar a la husma", es decir husmear. Ambos se traducen por andar en busca de lo preciso, necesario y esperado. En nuestro medio fue trajín de prófugos, desertores y radiados por la ley. Tuvo así la condigna aplicación al merodeador de la tierra de nadie, de donde seguramente salió el giro para generalizarse en las ciudades españolas. El hombre de monte en nuestro medio, como un derivado de aquella expresión, fue la hoy rara laya de cazadores furtivos, interpolados clandestinamente en lo campos, con o sin permiso de los dueños. Haciendo una vida sufrida, trabajosa y primitiva, aun se daban cuarenta años atrás en las costas del Río Negro y sus tributarios. Nuestras islas del río Uruguay, sufren muy seguido las depredaciones de aquellos cuatreros marginales de la ley, venidos de la otra orilla. Son verdaderos depredadores de la rica fauna indígena, realizando el comercio de sus derivados en las principales ciudades aledañas.

Augusto I. SCHULKIN

Especial para el DIA



El inefable misterio de las cosas

Quien haya leído a Poe y más que comprenderlo lo haya sentido. Quien haya leído algunos autores chinos de épocas muy pretéritas, tal vez pueda comprender por qué digo el inefable y terrorífico misterio de las cosas.

Eso no quiere decir que no sea bello el estado que provoca cuando llega a nosotros. Cuando lo imaginamos primero, y luego cuando toma formas y materializado ya, no es una imagen disuelta entre vapores, sino una cosa concreta y real.

A ese inefable terror no se le llama si no existe una gran predisposición de parte del aterrorizado. No hay embriaguez sin tomar la cantidad suficiente de licor que necesita cada uno para pasar al grado etílico.

Lo mismo ocurre con el terror... Hay que provocarlo. Llamarlo y esperarlo para atenderlo como si

fuera una visita que participará de un encuentro con nosotros, con la sencillez exacta que podamos poner en ese encuentro entre sombras.

No es cosa de todos los días. Esto hay que realizarlo en períodos espaciados.

Y tenemos que nacer predispuestos a entendernos con las cosas, que el común de las personas no entiende.

Acaso ¿puede negarse que lo que nos rodea tiene tanta vida como la que vivimos nosotros?

Cuando me ha tocado quedarme solo en casa — cosa que a veces hasta la provoco—, en el momento en que la sombra se entrega al idilio con la luz y ésta, pálida del instante dichoso, agotada, inicia su descanso, en el encuentro misterioso del atardecer, todo aquello aparentemente inanimado, comienza a vivir con el mismo y misterioso sigilo de alguien que vuelve acostumbradamente de la muerte. En ese momento en que el peso del silencio se siente sobre todo nuestro ser consciente y los ojos se entrecierran deliciosamente, es la oportunidad en que podamos gozar de esos instantes de pavor, ya que salimos de lo acostumbrado, de lo que estando en él la luz, el movimiento de lo cotidiano no nos deja gozarlo.

¿Has probado lector, alguna vez, sin que tengas prevención de que duden de tu normalidad psíquica, has probado lector a sentarte en la penumbra, casi sin moverte, como si no ocuparas la parte de espacio que te toca en la tierra, desnudando los tímpanos para recoger la frescura en que se mueven voces, pasos y movimientos que parecen llegarnos de donde no sabemos?

Son esas mismas cosas que te rodean. Que vienen a buscarte. A encontrarte a mitad de camino. Porque si tú no vas a ellas, será inútil que esperes que ellas vengan a tí.

Ese es un mundo orgulloso. No estará contigo si no le pruebas a sus habitantes, que no solamente deseas verlos. Debes probar que los amas.

Entonces sentirás que todo, absolutamente todo, eso que llamas cosas, son seres.

Los libros conversan entre sí. Los muebles se llaman y responden. Aquellos protestan contra quienes no saben interpretarlos y estos alaban o se quejan de quienes los usan. Si abren con suavidad las puertas. Si las cierran de golpe. O las sillas lamentándose de quienes no saben usarlas. De los que se dejan caer en ellas pesadamente y parecen sufrir su asiento y desarticular sus patas. Los lápices que tienen tan diferentes destinos. Algúnos que trabajan sin descanso. Que son mensajeros de la memoria y escultores de pensamientos, sentimientos y palabras. O de sueños. El escritorio que lo cargan de libros. O que lo dejan siempre vacío. Que a veces hasta la madrugada apoyándose en él, su dueño vive luminosas vigilas. O es un ruin que escribe anónimos. O un comerciante como un Shylock que registra sin descanso las sumas acumuladas sin piedad, a sus acreedores.

Y los muñecos que hay en todas las casas. Que salen a caminar entre ellos. Algunos con ropajes que no se usan más. Otros luciendo sus afrodisíacas y desnudas formas. Algunas abuelitas de porcelana que nacieron ya con la dulzura y arrugas de la ancianidad, y a las que el poder del misterio nunca se las borró ni alteró la sonrisa que nació con ellas. Y lamentándose de que los humanos no tengan ese mismo destino. En fin, todo tipo de cerámica, de marfil, loza, etc., que han visto pasar tanto humano ante sus ojos, sin que ninguno pudiera comprenderlos ahogando sus deseos de comunicarse. Deseos de hacerte participar de su mundo. De lograr convencerte de que es verdad la vida de ellos. Que no son una ficción. Porque también podría suceder al revés. Ellos pueden considerar que la vida en que tú te mueves, esa es la ficción.

En casa hay un conjunto de esas piezas que ya tienen muchos años. Muchos. Han visto la vida y la muerte pasando por las habitaciones que ocupo.

En la sombra, en el silencio y sobre todo en la quietud total, se transfiguran, se animan. Traspasan los cristales de las vitrinas como si se les abrieran puertas desconocidas. Salen y regresan, tomando las mismas formas con que las vemos nosotros. Y se pasean caminando en el aire.

Esa misma viejita de quien te hablé antes, yo he podido verla y sentirla. Siempre que puede se encuentra con el viejito del sombrero roto y un toscano que nació encendido y jamás se apagó. Comentaban con gran apacibilidad, instantes de la vida nuestra pasados a su lado. Desfilaron por sus viejos labios, recuerdos de mis padres. Comentaban la ternura de mi madre. Su humildad. El cariño por sus hijos. Su lucha solitaria para convertir en pan su duro trabajo de costura. Sus lágrimas por la ausencia total de su compañero. Mi padre.

Su cuidado en no mostrarnos a sus hijos la angustia de su soledad. Su última visita en la noche, al dormitorio nuestro para ver si dormíamos, o nos dolía una muela o teníamos una pesadilla que nos torturara. Sus manos engrosadas por el trabajo, afinándose de amor para arrebujarnos en el abrigo de la ropa de cama si era invierno. O abriendo la vieja ventana para que la brisa turnara sus manos para seguir acariciándonos. Y las estrellas entraran con su luz como tiernos perros del cielo, vigilando nuestro sueño.

Todos estos recuerdos vivían en la boca de la viejita y del viejito con su toscano marrón mientras miraba quién sabe hacia qué mundo. Y sus quejas de las diferentes personas que limpiaban y bañaban. Algunas los trataron con cariño y ponían toda su atención en no lastimarlos. La viejita mostraba a su compañero de terracota, una pequeña fractura producida en uno de sus minúsculos dedos.

Porque ellos saben que su vida es como la nuestra, pero fallas que ella mostrara en su dedito, no podría ser jamás curada. Y el viejito succionaba sin mover sus carrillos, el marrón e interminable toscano. Su mirada era conmovedora. Venía de un lejano y viejo país al que le dedicaba su silencio. Lo separaron de sus hermanos, padres y amigos. Le robaron la tibieza de su paisaje cálido y brillante. Ya no volvería a ver más aquellos campos esmeraldados, aquellos robledales verdes en verano y grises como fantasmas en el otoño y en el invierno. No sentiría más el canto de los pájaros acostumbrados al espacio enorme y abierto de la libertad.

Yo, casi ni respiraba por no quebrar la intimidad que el viejito necesitaba para sus evocaciones.

En la casa había muchas de estas creaciones nacidas de la loza, la porcelana o marfiles, de las que nunca nos habíamos separado. Siempre se guardaron. A costa de todo. Tenían un origen de posesión, desde los cortos días en que como un sol, el dinero nos había cariñosamente abrigado. Con ellos se sobrevivieron muchos acontecimientos felices o desafortunados. Pero nunca nos desprendimos desde mis abuelos hasta mí, de estas figuritas que vieron aparecer y desaparecer tres generaciones. Eran tan nuestras como la vida misma. Y nos fueron fidelísimas.

Y para terminar, porque sería tanto lo que tuviéramos que decir de ese mundo que está al costado del nuestro, que tiene tanta vitalidad como en el que vivimos nosotros, que se nos ofrece a los ojos y que espera nuestra visita —si lo comprendemos y creemos en su vida— contaré lo que me hizo gozar de ese inefable misterio y que luego se convirtió en indecible necesidad.

Una pequeña figurita, una muchacha china nacida en una brillante porcelana, que avanzaba con la misma suavidad con que avanzan andando algunas aéreas criaturas de carne y hueso de ese bello, misterioso y deleitoso país, vagando en la penumbra, dibujaba con su aliento perfumado un palpitante poema que me llegó traducido, pareciéndome sus versos, finísimos pétalos de crisantemos cayendo dulcemente y desaparecían al tocar el aire. Después, le repitió a la viejita, la historia que cada vez que la contaba parecía un calco de lágrimas de las de siempre. Ella fue amada por Han Yi, de quien apartó la guerra. Pero terminada, Han Yi, famoso poeta ya, pasó a ser secretario del gobernador general Hou Hsi Yi. El poeta mandó buscarla y le envió unas piezas de oro en un paño bordado, escribiendo en él, este breve poema: "Sauce (Liu) del Pabellón Chang/¿tienes aún la belleza de la juventud/de los días antiguos?/¿Entre tus delgadas ramas/crecerá todavía un retoño verde?/¿O habrá sido arrancado tiempo ha/por otras manos?".

En esos momentos vi dos levísimas lágrimas ardiendo los ojos de la liviana chinita. Y prosiguió: "Yo le contesté con este poema: "Verdes ramas de un sauce.../Tan fragantes y graciosas en primavera./Cuan penoso es ver año tras año/el abrazo de amantes que se separan/bajo tu sombra./Una hoja cae anunciando la llegada del otoño:/aún si regresaras, que quedaría que tú pudieras arrancar?". Y terminó: "Pasé muchas cosas pero al fin el poeta Han y yo nos juntamos con la esperanza de que fuera para siempre.

Y vivimos juntos en la hermosa vitrina de una tienda. Salíamos bajo la sombra de la noche. Nos juntábamos todos los seres como nosotros y la austeridad y el silencio del día daban paso a nuestras expansiones amorosas. La poesía, la dulce música del "cheng" y dulcísimas flautas se acompañaban haciéndonos vivir la vida con amorosa intensidad.

"Un mal día, me sacaron de la vitrina. A mí sola. Han se desesperó, pero eran horas del día. Nosotros sólo vivimos en la noche y las sombras. El padecimiento de cada uno de nosotros, cerrados por esta vestidura brillante de porcelana, nadie, ninguno de los humanos lo pudo comprender. Todos los amigos cerrados en la tienda, acompañaron nuestra mordiente angustia. Por eso recuerdo con supremo dolor los dos últimos versos de mi poema: Aun si regresaras, ¿qué quedaría que tú pudieras arrancar?..."

Terminado esto, la grácil figurita como un dulce espíritu encarnado en una quebradiza porcelana, se fue como si se desvaneciera...

No quise saber más nada. Encendí la luz.

Había vuelto todo a su aburrido y acostumbrado lugar.

Al otro día, nunca supo nadie qué paso. Ni yo que vi todo y escuché la tibia voz de porcelana.

Dentro de la vitrina, la alada chinita, era sólo un montoncito de polvo de aquella fascinante porcelana.

Sólo quedó entera su diminuta cabecita. Sus finísimos labios parecían entreabrirse repitiendo: "Una hoja cae anunciando la llegada del otoño/aun si regresaras, ¿qué quedaría que tú pudieras arrancar?"...

Edison BOUCHATON

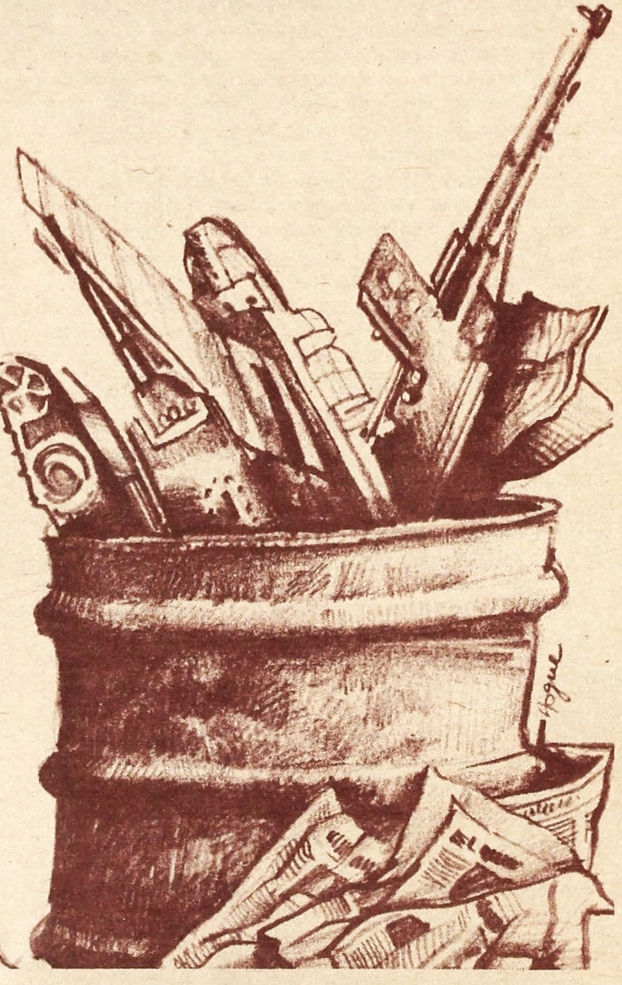
Especial para el Suplemento Dominical

I El fantasma en busca de autor

El debate sobre el sistema Interamericano que está desarrollándose en Bogotá es el más extraordinario que las privilegiadas inteligencias que en él están participando pueden promover en torno a un fantasma. Cada vez que abro mis lecciones en la Universidad hago a los estudiantes una pregunta aventurada: ¿Qué es América? y al terminarse el año todos, los estudiantes y yo, seguimos pendientes del mismo enigma. Si un curioso se atreve a cuestionar para mayor precisión: De cuál de las Américas se trata? nos revuelve la nostalgia del Continente que parece perdido. Pero si le respondemos: se trata de la nuestra vuelve con la misma impertinencia: —Y la nuestra, dónde está?

En el Fondo, la fundación de la Cátedra de América, como la del Correo de los Andes, que llevan cinco años de verdaderos trabajos, ocurrieron para explorar los recónditos enigmas de la pregunta original. Hemos comprometido a muchos colombianos de la mayor autoridad, y traído a Bogotá a quienes mayor responsabilidad han tenido en ajetreos internacionales, para hacer con ellos la misma exploración. Llegando siempre al mismo resultado: que América, y peor: Nuestra América, es un fantasma que anda en busca de un autor. De un Filósofo que diga lo que somos, o al menos lo que fuimos. Si la audacia le ilumina, lo que seremos. Hace añísimos respondían quienes fueron a la guerra y nos entregaron con sus victorias la independencia: esta es la Tierra de la Libertad, de la Democracia. Algunos avanzaban más: la de la Justicia. Hoy de cada una de esas palabras salen otros interrogantes: Y ¿Dónde está la Democracia? ¿Dónde la Justicia? ¿Dónde la Libertad? Casi nadie se aventura a decir: Aquí, y hay quienes se adelantan, y con el índice señalan hacia el occidente más remoto y nos dicen —Allá! Una remota tundra de nieve y silencio.

Che Guevara decía: Haremos de América el segundo Vietnam. Y con este bravo mensaje incitaba a los de toda nuestra región a convertirla en un campo de pelea. Que es otra manera de responder a la pregunta original. El empeño está puesto en sostener como fantasma esta nueva comarca del mundo que los locos descubridores llamaron Tierra Firme. Cardoza Aragón, de veras uno de los grandes poetas de Centro América, decía: En Guatemala, ¿a dónde ir que no tiemble? Ahora, la cosa es peor: lo que tiembla no es la tierra sino el hombre.



Por mucho tiempo pensé que las guerras son privilegio de Europa y me entusiasmé pensando en que las nuestras eran un carnaval al lado de esos espectáculos repugnantes de Hitleres y Mussolinis, de Napoleones y Carlomagnos. Pero volviendo los ojos a esos desgraciados europeos que a tantos déspotas han sufrido y por tantos viles se han matado, me acordé de la literatura. La Segunda Guerra se desarrolló entre dos obras tan bellas como evangélicas: La Grande Ilusión y Abajo las Armas! Los autores de estos libros conmovieron nuestra cándida juventud pero tendrían que avergonzarse hoy de sus pueblos constructores ciclópeos de las más grandes fábricas de que haya recuerdo en la historia... vendiendo, suministrando, comprometiendo con armas a esa América sobre la cual se preguntan los estudiantes de mi clase, qué es. Horrible sería decirles: el basurero de la chatarra bélica del mundo.

Dentro de tan extraño marco se está adelantando en Bogotá las conferencias sobre el Sistema Interamericano. Y como tenga la responsabilidad de la Cátedra y del Correo de los Andes, que ha de recoger en volumen los papeles, tiemblo como la Guatemala de Castañeda y Aragón al pensar si no estamos comprometiendo a todos en la cacería de un fantasma. No es esta una duda sobre las conferencias. Es una preocupación.

II Sus nombres, como el humo...

El soldado raso de las marchas oscuras y de las grandes victorias es un héroe cuyo recuerdo queda escrito en el humo de la pólvora. Los libros registran al capitán. El resto, se lo lleva el viento. El infeliz de abajo, pedazo vivo de la tierra patria, no tuvo caballo para entrar en la pelea y se va de este mundo como las nubecillas que dejan los disparos. Los bolívares ganaron lo que ganaron con escuadrones que se hundieron en el callado olvido. Lo mismo ahora. Millares de muchachos sin nombre ni apellido registrados, defienden nuestra sociedad civil de emboscadas y acometidas que la amenazan desde más allá de la selva. Los de los campos humildes, caen como racimos ensangrentados dejando apenas la información de rutina que aparece en los periódicos: mataron a tantos, y eso basta.

El coronel José Roberto Ibáñez ha escrito en el **"Correo de los Andes"** una de las páginas mejores que he leído sobre los desconocidos en la guerra de Independencia. Habla como capitán responsable de la "enorme contribución de esa inmensa masa de miles y miles de combatientes anónimos pero abnegados, valerosos e intrépidos, mestizos, pardos, indios negros, mulatos, zambos y blancos, neogranadinos, venezolanos, ecuatorianos y en general hispanoamericanos, hasta algunos europeos, motivados y dirigidos en buena parte (por los generales), pero de quienes (ellos) tuvieron que aprender mucho y sin los cuales nada hubieran podido hacer. ¿Por qué iban a la guerra los de abajo? Al parecer, el reclutamiento era forzoso, pero algo aligeraba al recluta en las marchas y lo enfrentaba gustoso con la muerte. Venía de padres que habían sido los primeros en la protesta y se encontraban oscuramente empujados a pedir la independencia, a echar a unas autoridades que los habían humillado y tirado al pozo donde se ahoga sin remedio la esperanza. Dirán los cínicos que esto es poner demasiada filosofía en el cerebro de indios bestias. Y no. Los precursores de la emancipación fueron 20.000 del común que llegaron a Zipaquirá pidiendo justicia, después de haber echado a la hoguera las armas del rey.

El coronel Ibáñez trae el recuerdo del batallón Rifles: "Desde la Guayana hasta el Potosí argentino recorrió 20.000 kilómetros, libró ocho grandes batallas y cerca de un centenar de combates, habiendo recibido en sus filas veintiséis mil hombres, de los cuales apenas una tercera parte regresaron a sus lares y otros tantos cayeron muertos o heridos en las batallas de la independencia, sin que sus nombres figuren en los fastos de la historia".

Recuerda el coronel las informaciones de O'Leary. Cuenta el irlandés cómo, promulgada la ley marcial, comenzaron a presentarse reclutas en el cuartel general. Transformar labriegos en soldados, quitarles el sombrero de lana gris de anchas alas, y la inmensa ruana burda para convertirlos en soldados, era la gran proeza del cuartel. "A pesar de todo, en pocos días 800 de estos reclutas, divididos en compañías, presentaban a la distancia una apariencia imponente, y en la batalla de Boyacá, como en todas las que libraron después, probaron los rústicos indígenas que no tiene la América del Sur mejores soldados de infantería que ellos".

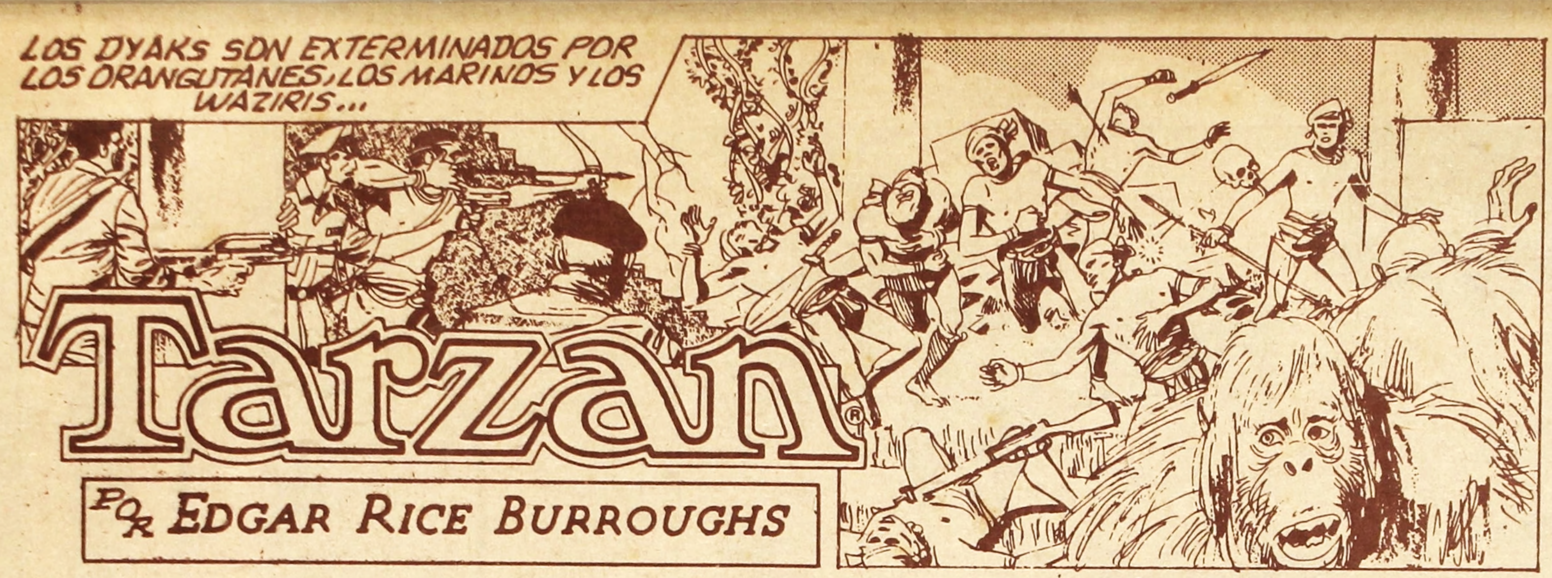
No es fácil ver claro en un fondo tan oscuro, y explicarse cómo marcha por caminos elementales y simples un sentimiento profundo de liberación o la defensa del orden republicano. América nació de esa junta de quienes desde los de arriba hasta los de más abajo se acordaron para formar un ejército que vino a ser, en nuestro caso, el de Colombia, obligado como ninguno otro a sostener la novedad de la república. Con algo aún más notable: a las tentaciones de desertar para sumarse a los alzados que ofrecen deshacer la república (suculentas por lo mucho que pueden ofrecer quienes han hecho tesoro en asaltos y torturas) los de la tropa democrática resisten, y llegan hasta entregar la vida.

En el libro del gran castellano ya se describen las razones que tuvo Sancho Panza analfabeto, lleno de ciencia popular, para seguir al caballero que le decía: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieran los cielos... por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida..."

La única aventura que el hombre del campo tenía abierta, para superar una vida de tierra y lluvias y sequías era la independencia. Como ahora la defensa de su república bien ganada. Que mi Dios lo bendiga.

Germán ARCINIEGAS

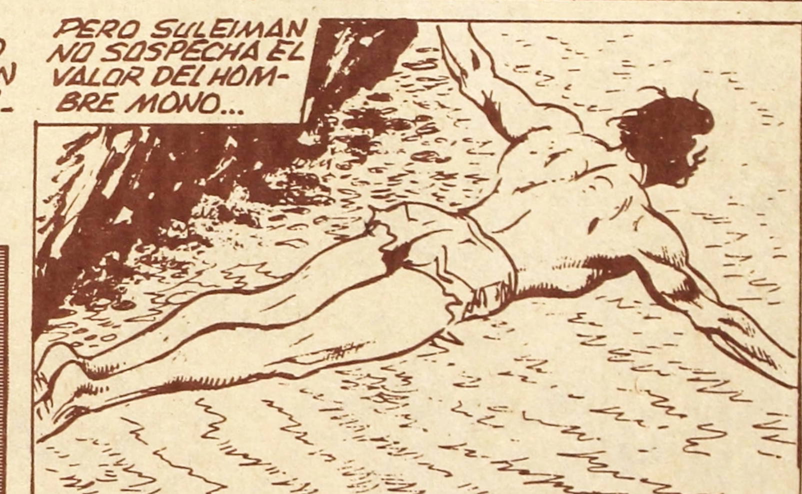
Bogotá, 1985
Exclusivo para EL DIA

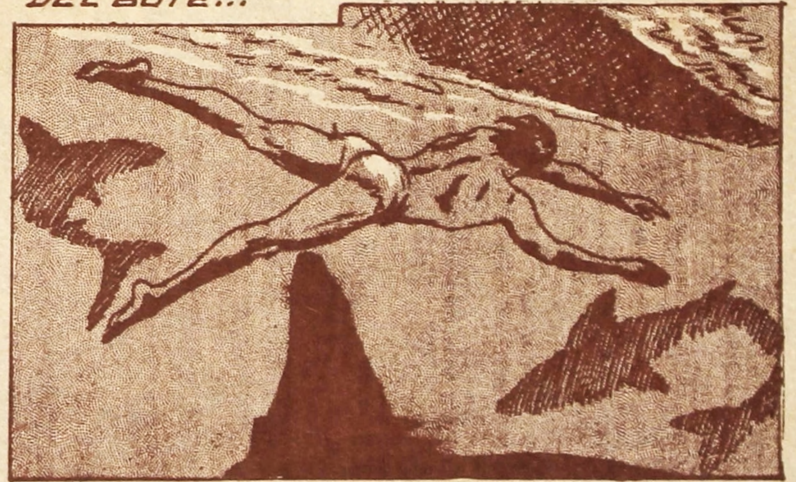






TARZAN® 10-2 COPYRIGHT © 1983 EDGAR RICE BURROUGHS, INC.
Trademark TARZAN owned by Edgar Rice Burroughs, Inc. and Used by Permission All Rights Reserved # 2742

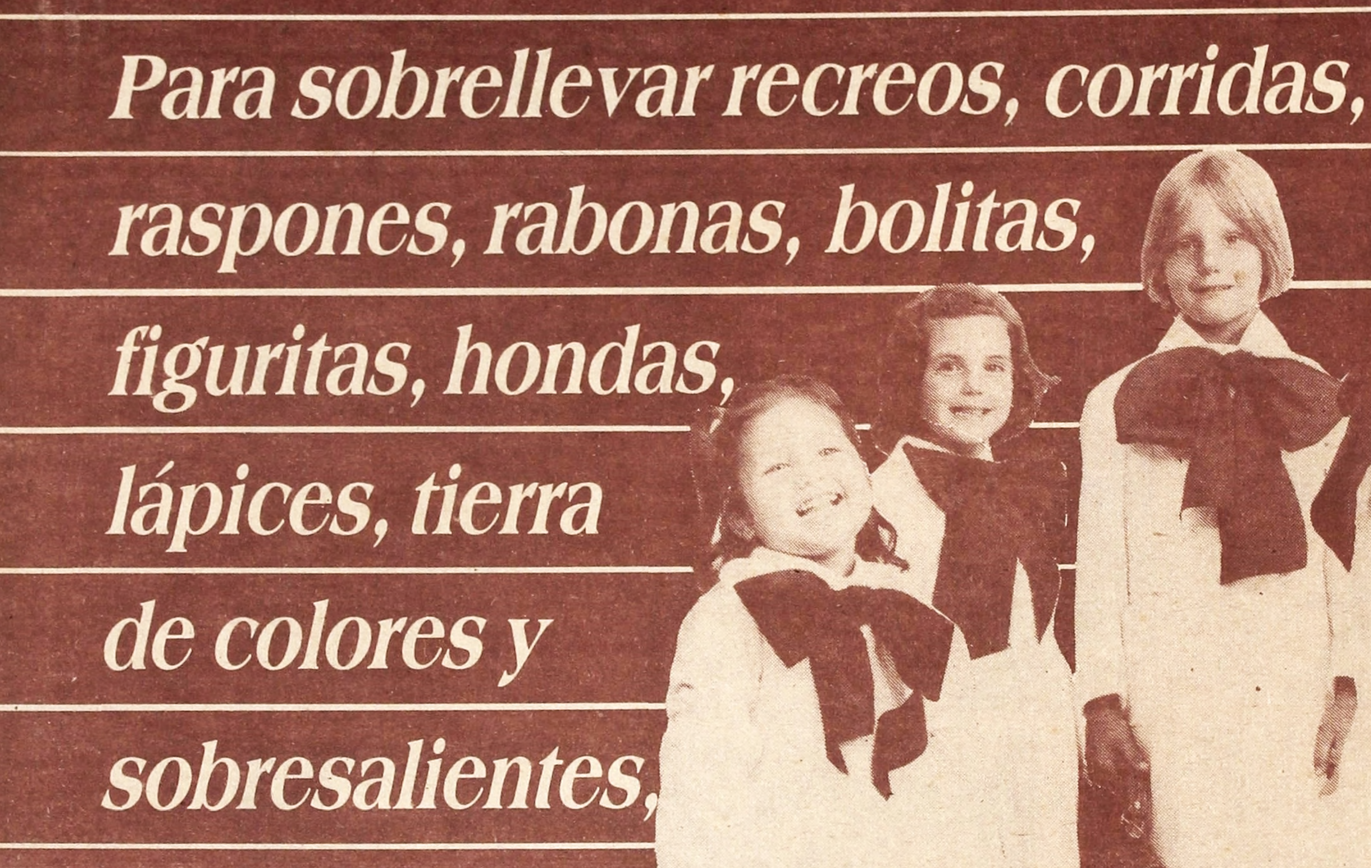




MAÑANA, COMPARE SU OPINION CON LA DEL MEJOR EQUIPO PERIODISTICO · DEPORTIVO.

La más completa reseña del fin de semana. Resultados, desarrollos, opiniones y notas gráficas con los instantes de mayor emoción. Además, como siempre, la nota que va más allá del jugador, que se interna en el hombre, transformando al héroe de las canchas en un ser humano como usted, con sus alegrías y tristezas

revista deportiva
Todos los lunes, con la edición de
EL DIA





Moña en acrocel	N$ 110
Media sport variedad de colores	N$ 75
Delantal de jardinera de todos los modelos	N$ 375
Guardapolvo derecho en acrocel, talle 4	N$ 625
Guardapolvo cruzado en acrocel, talle 4	N$ 675
Túnica alforzada para niña, talle 6	N$ 590
Delantal tableado en acrocel, talle 4	N$ 750
Mochila en lona gran capacidad lisa y fantasía	N$ 675
Gran oferta! calzado escolar	
para niña y varón Nos 24-27	N$ 375
Nos 28-33	N$ 430

LA UNICA GRAN TIENDA DEL URUGUAY



Centro, Cordón, Unión,
Agraciada, Paso Molino,
Salto, Paysandú, Mercedes.